

Bartolomé de Las Casas, La devastación de las Indias: un breve relato (1542)

En los últimos años, los historiadores han comenzado a desafiar la imagen idealizada y romanizada de Cristóbal Colón. Una de las primeras personas que se pronunció contra los crímenes de Colón fue Bartolomé de Las Casas, quien fue testigo de las consecuencias de su conquista, que describe en los siguientes pasajes, publicados por primera vez en 1542.

Las Indias fueron descubiertas en el año mil cuatrocientos noventa y dos. Han pasado cuarenta y nueve años desde que los primeros pobladores penetraron en la tierra, siendo el primero la isla grande y más feliz llamada Hispaniola, quizás el lugar más densamente poblado del mundo.

Debe haber cerca de doscientas leguas de tierra en esta isla, y toda la tierra descubierta hasta ahora es una colmena de personas; es como si Dios hubiera apiñado en estas tierras a la gran mayoría de la humanidad.

Y de todo el universo infinito de la humanidad, estas personas son las más inocentes, las más desprovistas de maldad y duplicidad, las más obedientes y fieles a sus amos nativos ya los cristianos españoles a quienes sirven. Y debido a que son tan débiles y complacientes, son menos capaces de soportar trabajos pesados y pronto mueren sin importar la enfermedad.

Sin embargo, a este redil, a esta tierra de humildes marginados, llegaron unos españoles que inmediatamente se comportaron como bestias salvajes rapaces, lobos, tigres o leones que habían estado muertos de hambre durante muchos días, matando, aterrorizando, afligiendo, torturando y destruyendo a los pueblos originarios. , haciendo todo esto con los nuevos y más extraños y variados métodos de crueldad, nunca antes vistos o escuchados, y hasta tal punto que esta isla de La Española, una vez tan poblada (con una población que calculé en más de tres millones) , tiene ahora una población de apenas doscientas personas.

Su razón para matar y destruir un número tan infinito de almas es que los cristianos tienen un objetivo final, que es adquirir oro, y llenarse de riquezas en un tiempo muy breve y así elevarse a un estado elevado desproporcionado a sus méritos. Hay que tener en cuenta que su insaciable codicia y ambición, la más grande jamás vista en el mundo, es la causa de sus villanías. Y además, esas tierras son tan ricas y felices, los pueblos originarios tan mansos y pacientes, tan fáciles de someter, que nuestros españoles no les tienen más consideración que las bestias; no, porque gracias a Dios, han tratado a las bestias con algunos. respeto; En cambio, debería decir como excrementos en las plazas públicas.

Los indios comenzaron a buscar formas de expulsar a los cristianos de sus tierras. Tomaron las armas, pero sus armas eran muy débiles y de poco servicio en ataque y menos en defensa. Los cristianos, con sus caballos y espadas y picas comenzaron a realizar masacres y extrañas crueldades contra ellos. Atacaron los pueblos y no perdonaron ni a los niños ni a los ancianos ni a las mujeres embarazadas ni a las mujeres en partos, no solo apuñalándolos y desmembrándolos, sino cortándolos en pedazos como si se tratara de ovejas en el matadero.

Hicieron una horca baja y ancha en la que los pies de la víctima colgada casi tocaron el suelo, ensartando a sus víctimas en lotes de trece, en memoria de Nuestro Redentor y Sus doce Apóstoles, luego colocaron leña a sus pies y así los quemaron vivos.

Una vez atado a la hoguera, un fraile franciscano le habló al cacique Hatuey, un noble muy importante, acerca del Dios de los cristianos y de los artículos de fe. Y se le dijo lo que podía hacer en el breve tiempo que le quedaba, para ser salvo e ir al cielo.

El cacique, que nunca había escuchado nada de esto antes, y le dijeron que iría al Infierno donde, si no adoptaba la fe cristiana, sufriría un tormento eterno, preguntó al fraile franciscano si todos los cristianos iban al cielo.

Cuando le dijeron que sí, dijo que preferiría ir al infierno.